

## ¿es aburrido el paraíso?

Por Carlos Valdés

Esto no es sino una aproximación a la crítica, ¿quién podría permanecer sereno, ecuánime, objetivo, ante la desaforada fecundidad de José Lezama Lima? Además, sólo conocía la obra poética de J.L.L., obra de altura y brillo y ahora me encuentro con la sorpresa de que es autor de una novela,\* de una novela que se prolonga a través de 500 páginas. Ignoro si J.L.L. antes había incurrido en la prosa narrativa. Me gustaría saberlo, porque siempre conviene tener puntos de referencia, más aún en el caso de la presente novela que nos arrastra al vértigo. Sin embargo, tiene numerosos antecedentes en la narrativa latinoamericana: barroca, lírica, engolosinada con la forma, en la que los novelistas han obtenido sus más grandes éxitos y sus más grandes fracasos, y que con frecuencia nos sitúa ante el dilema: ¿es éste un libro de prosa poética o una novela lírica?

El anterior dilema nos conduce a un problema más crítico, que se presenta casi universalmente en nuestros días: ¿puede la novela continuar narrando historias, o debe limitarse a ser un ensayo poético? Esta pregunta sólo el tiempo podrá contestarla; pero la realidad es que al lado de las antinovelas continúan coexistiendo las novelas, y con un vigor que nos hace dudar de la extinción del género.

Por lo menos en los países jóvenes, la antinovela no parece prosperar, o por lo menos no conozco un ejemplo digno de citarse, y lo afirmo con gusto, porque soy un apasionado lector de novelas. Por fortuna *Paradiso* de J.L.L. no es antinovela: trata de narrar sucesos, de seguir una trama, de llegar a un desenlace. En este aspecto *Paradiso* alcanza momentos de excelencia, momentos que me recuerdan la eficacia de sus poemas, pero también abundan los pasajes en que su prosa se ve trabada, como luciendo un traje ajeno, en la rigidez y las exigencias del género novelístico.

*Paradiso* se asemeja a una interminable digresión en prosa poética, y a medida que uno avanza en la lectura, se pregunta: ¿vale la pena el esfuerzo del autor y de los editores?, ¿vale la pena haber intentado la redacción y la edición de esta labor prolongada? No creo que ninguna aventura literaria (toda aventura sincera y tenaz como ésta) sea tiempo perdido. Los lectores podrán aburrirse un poco, pero ¿acaso no es preferible un poco de mortificación, producto de una obra ambiciosa y honesta, que soportar obras divertidas y amenas.

pero que al final terminan por aburrirnos con su vacío?

Creo que *Paradiso* es una especie de Moby Dick de la novela latinoamericana, portentosa creación, monstruo de la literatura, sin paralelo ni igual. Pienso que *Paradiso* cuenta y contará con la aprobación de los lectores pacientes y curiosos, pero será repudiada por los lectores impacientes, ávidos de acción, quienes se sentirán enfrentados a la náusea del vacío, de un vacío plétórico de palabras bellas, alucinantes, pero que no conducen a las emociones estéticas comunes del género novelístico; sin embargo, nadie podrá negarle a *Paradiso* una forma pulida y exacta, un dominio admirable de la prosa poética, un formalismo luminoso.

La erudición del autor merece mención honorífica. Es una de las mayores virtudes que adornan su prosa a veces deslumbrante, a ratos fatigosa, que en

sus mejores momentos tiene la calidad de los grandes maestros de la literatura hispanoamericana.

Se ha dicho, y no sin cierta razón, que las grandes novelas a veces resultan aburridas. Todo lector sincero habrá de confesar que en ocasiones el primer intento de lectura de una novela grandiosa sólo le produjo tedio, mas en una segunda ocasión encontró el placer que se le había negado al principio. Los lectores más sinceros confesarán que su cultura y su paciencia han fracasado y continúan fracasando ante una determinada obra maestra. Existe un caso de dramática incompreensión: la crítica de C. G. Jung al *Ulises* de James Joyce. El psicólogo decía que la prosa de Joyce se parecía a las fatigosas y monótonas confesiones de sus pacientes neuróticos. Esto no parece fundamentarse en la ineptitud literaria de Jung, sino en una verdad dramática y desagradable: en la medida en que una obra maestra es novedosa encuentra mayor resistencia. La crítica se apoya en la tradición literaria, y ante lo original carece de puntos de referencia, fenómeno que despierta la agresividad del crítico burlado e impotente, que, según su temperamento, reaccionará con indiferencia olímpica o con rabia disfrazada de crítica literaria.

Hoy día por fortuna o por desgracia estamos bastante más acostumbrados a las obras originales, tanto que la falta

---

## micrós

Nacido, criado y avecinado —de principio a fin— en la capital, Ángel de Campo se mueve dentro del estadio civil con el desembarazo de la casona hogareña. Es su mundo, completo y perfecto. Tiene continentes, archipiélagos, mares, hasta tifones y ciclones y zonas árticas. Un viento aliso discurre aquí, húmedo de augurios de primavera, y un norte azota allá, arrinconando en el camastro de hospital a un ínfimo Juan Martínez o González, navegante de la oceanografía capitalina. El plano de la ciudad de México que venden los hermanos Abandianos en la calle de las Escalerillas —modesta demarcación agitada por San Lázaro, Bucareli, Peralvillo, San Antonio Abad— es mapamundi ante las antiparras de *Micrós*. Entre paralelo y paralelo pasan las barriadas, batidas por el repiqueteo de los tranvías de mulitas y el pregón de los aguadores. Y entre barriada y barriada, hay una esquina donde el poeta se planta a tomar el fresco y a ver qué oye y mira. Algunas veces deja pasar de largo al documento humano —al fin y al cabo, el Chato Barrios, aunque pobrísimo y viviendo de milagro, promete llegar a algo digno en el escalafón social; al fin y al cabo, el señor Quiroz está bien muerto y ya nunca repetirá reglazos sobre el pupitre y “garnuchos” en las orejas de la ingrata grey escolar—; y prefiere la ficticia inexistencia de una naturaleza muerta. Ficticia, porque en sus manos se animan, desbordantes de pujos, el cacharro misérrimo, el soldado de juguete, el rebozo que enreda melindres, amoríos y agonías. Escurre de las manos revividoras un hilo espeso de ternura, de piedad, de simpatía y de comprensiva y jovial —y sarcástica— cordialidad humana. El hilo se torna chorro a lo largo de la espaciosa faena de las “Semanas Alegres”, y su amor a pueblo —a populacho, y mejor todavía, a plebe— nos conmueve por auténtico.

En esa labor que Reyes Spínola pagó a cargo de la judía nómina de *El Imparcial*, queda, rectamente enfibrado, el mundo que *Micrós* amó y vivió y estudió, el mundo de la ciudad de México.

—Mauricio Magdaleno